



Revista Opera

ISSN: 1657-8651

opera@uexternado.edu.co

Universidad Externado de Colombia

Colombia

Basset, Yann

Evoluciones recientes de los sistemas partidarios en América del Sur

Revista Opera, vol. 3, núm. 3, octubre, 2003, pp. 5-17

Universidad Externado de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67530302>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EVOLUCIONES RECIENTES DE LOS SISTEMAS PARTIDARIOS EN AMÉRICA DEL SUR

YANN BASSET*

Los años 2002 y 2003 fueron muy ricos en eventos electorales y trajeron profundas modificaciones en el panorama político de América del Sur. La gran mayoría de los países cambiaron de presidente en este ciclo político-electoral, y las tentativas de análisis sintéticos hicieron hablar muy a menudo de “giro a la izquierda”, o de una manera más prudente, de profundas aspiraciones al cambio¹.

Cuando se observa, esta evolución en la perspectiva de los partidos políticos y sistemas partidarios, constatamos efectivamente cambios muy importantes. En la mayoría de los casos, los ejes tradicionales que solían estructurar los sistemas partidarios se modificaron al calor de las campañas presidenciales para abrir nuevos escenarios. Pero el árbol suele esconder la selva. En el contexto presidencialista tradicional de América

del Sur, los comentarios se enfocan por lo general sobre las grandes figuras de aspirantes a la Presidencia, mientras que las elecciones legislativas que acompañan los comicios presidenciales pasan más inadvertidas. Sin embargo, ellas tienen un efecto más directo sobre el sistema partidario, es decir, sobre la correlación de fuerzas políticas en un momento dado. Por esto, intentaremos en este análisis ir más allá de la personalidad y de los discursos de los presidentes electos para buscar tendencias más profundas, que se traducen preferentemente en la conformación y funcionamiento de los sistemas partidarios. Resulta interesante buscar si se pueden vislumbrar tendencias comunes en esta perspectiva, y matizar la idea del “giro a la izquierda” con un análisis que no se limite a los resultados de las elecciones presidenciales.

* Candidato a doctorado en Ciencias Políticas en el Instituto de Altos Estudios de América Latina (IHEAL Universidad de París III - Sorbona Nueva), posgrado en Ciencia Política. Profesor en el Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo, Academia Diplomática de San Carlos.

1. Véase, por ejemplo, el dossier “Año crucial para América Latina”, en *Le Monde Diplomatique/El Dipló*, febrero 2003.

1. LOS SALIENTES

Entre mayo de 2002 y abril de 2003, seis países sudamericanos organizaron elecciones presidenciales y legislativas², y sólo en un caso, Paraguay, el partido ganador resultó ser el mismo que en la elección presidencial precedente. Esta ola de alternancia traduce, sin lugar a dudas, un afán de renovación en un contexto marcado por la crisis financiera que azotó el subcontinente y cuya manifestación más espectacular fue la crisis argentina.

Así, la República Argentina fue la más afectada por el descontento ciudadano y, en consecuencia, la que sufrió el cambio político más espectacular, siendo remplazado el presidente aún antes de que finalizara su mandato³. Electo en octubre de 1999 a la cabeza de una Alianza que puso fin a una década de dominación del Partido Justicialista (PJ), Fernando De la Rúa se mostró incapaz de resolver la profunda crisis financiera que afectó el país. La Alianza constituida por la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (FREPASO) se desmoronó rápidamente,

a raíz de su inconsistencia programática⁴. Las elecciones legislativas de mitad de mandato en octubre de 2001 mostraron el desgaste de esta formación que fue derrotada por el PJ y, sobre todo, revelaron el profundo descontento de una población en vía de pauperización acelerada y que se expresó a través del llamado “voto bronca”⁵. Dos meses después de esta alerta que no fue respondida por el gobierno, los disturbios callejeros y los saqueos en Buenos Aires obligaron al presidente De la Rúa a la renuncia y a la entrega del poder a un Congreso dominado por la oposición justicialista.

Así desaparecía la Alianza, que ya desde la renuncia del vicepresidente Carlos “chacho” Álvarez en 2000, a raíz de un escándalo de corrupción en el Senado, había quedado como la sombra de la esperanza renovadora que había logrado encarnar en 1999. Este episodio había llevado el gobierno a apoyarse cada vez más sobre la única UCR, esencialmente sobre su ala más conservadora. Los elementos más progresistas de la Alianza se fueron apartando poco a poco, como la diputada

2. Con excepción de Argentina, país en el cual las legislativas se organizan después de las presidenciales del 27 de abril de 2003 con fechas diferentes según las provincias. El proceso terminará el 26 de octubre de 2003. A parte de este país, los que trabajaremos en este texto son Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y Paraguay.

3. Sobre la evolución político electoral de Argentina entre 1999 y la crisis de 2001, véase Cheresky, “De la ilusión reformista al descontento ciudadano”, Rosario, UBA-IHEAL, 2002.

4. Véase Inés Poussadela, en Cheresky-Blanquer, 2002, Op. cit., págs. 117 – 155.

5. En las legislativas de 2001, los votos blancos y nulos llegaron al nivel inédito de 24%.

Elisa Carrió que fundó la Alternativa para una República de Iguales (ARI), y pasó a la oposición. Ya en las legislativas de octubre de 2001, la Alianza no era mucho más que una cáscara vacía constituida, en esencia de radicales.

Así, en las elecciones presidenciales de abril de 2003, la UCR del expresidente De la Rúa se quedó sola, muy debilitada, dividida y renegando la herencia del gobierno que había constituido mayoritariamente. Su candidato Leopoldo Moreau no pudo evitar una derrota histórica que lo colocó muy por debajo de dos nuevos movimientos creados por antiguas personalidades de la Alianza: el movimiento Recrear del exministro de economía Ricardo López Murphy, y la ARI de Elisa Carrió.

El naufragio de la Alianza hunde de paso un partido más que centenario, que había sido uno de los dos pilares del bipartidismo desde el fin del último gobierno militar en 1983. La antigüedad de sus estructuras permitirá a la UCR conservar protagonismo en el Congreso y algunas provincias, pero a falta de un liderazgo nacional renovado, la cuestión planteada será cada vez más su misma supervivencia a medio plazo.

El paralelo con Ecuador salta a la vista. La situación financiera de la república andina sufrió al final de los años noventa

las mismas dificultades a raíz de la deuda externa, y se pretendieron aplicar los mismos remedios ortodoxos. Ecuador fue incluso más drástico ya que el presidente Jamil Mahuad, electo en 1998, terminó acudiendo a la pura y simple dolarización del país, cuando las autoridades argentinas se habían limitado a un sistema de “*currency board*”⁶. En todo caso, los efectos económicos recesivos fueron los mismos, y las consecuencias sociales y políticas bastante semejantes. Como Fernando De La Rúa, Jamil Mahuad fue remplazado después a unos disturbios sociales. Ellos desencadenaron un golpe militar el 21 de enero de 2000 que derrocó a Mahuad a favor de un triunvirato cívico-militar conformado por el jefe de la insurrección, coronel Lucio Gutiérrez, el Presidente de la Confederación de las Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) Antonio Vargas, quién lideró la protesta social, y el expresidente de la Corte Suprema Carlos Solórzano. Finalmente, el Estado Mayor de las fuerzas armadas puso fin al episodio pronunciándose a favor del vicepresidente Gustavo Noboa quien acabó el mandato hacia 2002.

Al igual que en el caso argentino, el partido de la Democracia Popular (DP) que había llevado a Mahuad al Palacio de Carondelet quedó profundamente debilitado

6. En el sistema de *currency board* argentino, la paridad entre la moneda nacional y el dólar estadounidense era fijada por ley, y el Banco Central tenía que limitar la emisión de pesos a la cantidad equivalente de dólares en sus reservas.

y dividido. No tuvo candidato propio en la elección presidencial del 20 de octubre 2002, y fue relegado a una presencia testimonial en el Congreso.

El Partido Conservador Colombiano, vencedor de las elecciones de 1998 que había llevado Andrés Pastrana a la presidencia, también renunció a presentar candidato propio cuatro años más tarde, apoyando al candidato liberal disidente Álvaro Uribe Vélez⁷. Sin embargo, en el caso colombiano, las causas del descrédito del gobierno anterior fueron muy diferentes. Después de su victoria de 1998, Pastrana apostó todo a su propuesta de buscar una paz negociada con los grupos armados que protagonizan el lacerante conflicto interno. Este proceso generó mucha esperanza, y su fracaso final se tradujo en una frustración a la medida de ella. En este contexto, el revés del gobierno Pastrana augura tiempos difíciles para un partido conservador cuyo lento declive electoral se evidencia desde 1970. Aunque sigue siendo el segundo partido en el Congreso, el partido conservador carece de liderazgo nacional, y su lista para el Senado y la Cámara de representantes apenas pasó el 10% de los votos en las últimas legislativas⁸.

Fuera de estos casos, Bolivia también infligió una derrota muy severa en las urnas al partido Acción Democrática Nacional (ADN) que había llevado el binomio Hugo Bánzer-Jorge Quiroga al poder en 1997. De los 484.705 votos conseguidos en las elecciones de 1997 (20,88%), ADN se quedó con 94.386 votos, o sea 3,15% de los sufragios en las elecciones generales de mayo de 2002. Su presencia en el Congreso se redujó a cinco escaños.

Después de cuatro intentos infructuosos de volver al poder por la vía de las urnas, el general Bánzer, quién había encabezado el régimen militar de 1973 a 1977, logró su meta a los 80 años. Sin embargo, su partido no disponía de la mayoría en el Congreso, y tuvo que armar una coalición tan amplia como heterogénea que no favoreció la coherencia de su gobierno. A parte de una decidida política de erradicación de la cultura de coca ilegal las políticas públicas se hicieron cada vez menos legibles. La acumulación de descontentos sociales a raíz de la situación económica, de los enfrentamientos entre *erradicadores* y *cocaleros*, de las denuncias de corrupción, constituyó una cadena de conflictos que desembocaron en dos revueltas populares

7. Se puede discutir la caracterización de Andrés Pastrana como candidato del Partido Conservador Colombiano, ya que se presentó a la cabeza de una coalición suprapartidista, y que lideró una escisión del PCC desde el principio de los años 1990 llamada Nueva Fuerza Democrática (NFD). Sin embargo, fue electo candidato del PCC a raíz de convenciones descentralizadas de este partido. Esto ilustra perfectamente la tendencia que tienen los dos partidos tradicionales en Colombia a actuar no tanto como partidos sino como “metapartidos” que reúnen un conjunto de movimientos y personalidades diversas (véase infra).

8. Esto no impide que su bancada haya resultado mucho más importante en razón del sistema electoral (véase supra).

en abril y septiembre de 2000. En ambas ocasiones, el gobierno se reveló incapaz de gestionar la crisis. Enfermo de un cáncer, Bánzer tuvo finalmente que renunciar al poder a un año del final de su mandato. Su vicepresidente Jorge “Tuto” Quiroga, lo remplazó y constituyó un gobierno de tecnócratas, desplazó a los elementos más conservadores y repudiados por la opinión pública de ADN. La buena imagen del nuevo mandatario hubiera podido salvar el partido, pero éste no podía pretender a la reelección inmediata por prohibición constitucional. En estas condiciones, ADN propuso la candidatura de Ronald Mac Lean, antiguo alcalde de La Paz y rival de Quiroga en la joven generación del partido. Éste no pudo revertir el profundo repudio que había suscitado el gobierno de Bánzer.

Hasta en Brasil, el gobernante *Partido da Social Democracia Brasileira* (PSDB) del dos veces presidente Fernando Henrique Cardoso sufrió una derrota neta con la candidatura de su delfín José Serra, quién obtuvo menos de 25% de los votos en la primera vuelta y menos de 40% en la segunda. Aunque en este caso, las pérdidas del partido saliente no fueron tan dramáticas como en los otros, no deja de llamar la atención que un partido bien implantado y que venía ganando las elecciones presidenciales desde 1994 termine inclinándose en octubre de 2002 frente al mismo adversario

que había derrotado muy fácilmente en dos oportunidades. Así, el PSDB perdió en las legislativas de octubre de 2002 casi la mitad de su bancada en el Congreso.

La única excepción en este panorama desolador para las fuerzas salientes es Paraguay, que en abril de 2003 eligió a Nicanor Duarte de la Alianza Nacional Republicana, dominada por el Partido Colorado. Así, dicho partido sigue dominando de manera aplastante la vida política paraguaya. La maquinaria clientelista colorada ha ocupado toda la escena desde el golpe de Estado de Alfredo Stroessner en 1954, y nada parece amenazar este cuasi monopolio.

2. ¿GIRO A LA IZQUIERDA?

Esta salida más o menos vergonzosa de los presidentes salientes y de sus partidos ha sido a menudo interpretada como un “giro a la izquierda” de América Latina. Constatamos en efecto que varios de los presidentes electos en el ciclo electoral 2002-2003 lucen posiciones progresistas identificables a la izquierda. Aun cuando no es el caso de Bolivia o Colombia, cabe señalar la progresión de nuevas fuerzas con discurso alternativo al neoliberalismo imperante durante los años 1990. Estos hechos han motivado varios análisis entusiastas o alarmistas según el caso. Unos ya hablan de “transición hacia el posneoliberalismo”⁹, y otros prefieren se-

9. Véase el artículo de Emir Sader en *Le monde Diplomatique/ El Dipló*, Op. cit. Págs. 12-13.

ñalar un “eje populista”¹⁰. En esta última perspectiva, no faltaron en Washington algunos representantes de las corrientes neoconservadoras para inquietarse del surgimiento de un nuevo “eje del mal” en América Latina¹¹. Estas expresiones tienen un contenido claramente polémico y nos alertan sobre el peligro de pensar el tema con el deseo o el miedo, según el caso. Más allá de las personalidades y discursos de los nuevos mandatarios electos, una mirada a la evolución subyacente de los sistemas partidarios nos permite matizar la idea del giro a la izquierda. En efecto, no basta mirar a quién sale electo, sino también a los cambios en la representación nacional de cada país.

El caso más claro es el de Luis Inácio “Lula” Da Silva, flamante presidente del Brasil, quien logró llegar al poder después de tres tentativas infructuosas. Lo que más impresionó fue, sin duda, el carácter aplastante de esta victoria ya que Lula ganó la segunda vuelta con más del 60% de los votos, y casi la gana en la primera vuelta. ¿Esto significa que la mayoría de los brasileños se volvieron simpatizantes del izquierdista *Partido dos Trabalhadores* (PT) del día a la mañana? Una simple mirada a los resultados de las elecciones parlamentarias que se realizaron simultáneamente

con la primera vuelta de las presidenciales demuestra que no es así. Si el efecto arrastre de la victoria de Lula permitió al PT alcanzar la primera minoría en la Cámara de Diputados con más de 90 escaños sobre 513 y aumentar su representación a 14 senadores sobre 81, tendrá que recurrir a alianzas y negociaciones para lograr una mayoría. Es más, observando más detenidamente la victoria de Lula, es fácil darse cuenta que ella no se explica tanto por una progresión de la izquierda que por la división de las fuerzas conservadoras que acompañaron a Fernando Henrique Cardoso durante sus dos mandatos¹².

Así, la alianza con el Partido Liberal, representante del empresariado paulista, y otras fuerzas y personalidades antiguamente aliadas al PSDB fue la verdadera clave para que Lula pudiera atraer votos más allá de su electorado tradicional. Esto explica la moderación del discurso del candidato Lula quien se había incluso comprometido durante la campaña a respetar un acuerdo firmado entre el FMI y el presidente Cardoso.

En Ecuador se habló mucho de las supuestas semejanzas entre Lucio Gutiérrez, quien terminó ganando la segunda vuelta con poco menos del 60% de los votos, con Hugo Chávez. Como Chávez,

10. Véase Semana, edición 1069, 25/10/2003

11. *Courrier International*, núm. 626, 31 de octubre - 6 de noviembre 2002, pág. 32.

12. Véase Cesar Romero Jacob, Dora Rodrigues Hees, Philippe Waniez y Violette Brustlein. “Eleições presidenciais de 2002 no Brasil: uma nova geografia eleitoral?”, en *ALCEU*, V. 3, núm. 6, Rio, PUC, jan-jun. 2003, págs. 287-327.

el excoronel Gutiérrez lideró una tentativa de golpe de Estado contra el gobierno Mahuad, cuando éste anunció la dolarización de la economía ecuatoriana, y eso en alianza con la CONAIE que siguió apoyándolo en las elecciones a través del partido indigenista Movimiento Unidad Plurinacional Pachakutik (MUPP). Además, la victoria de Gutiérrez fue obtenida en la segunda vuelta contra el magnate del banano Álvaro Noboa, lo que constituye todo un símbolo. Sin embargo, el propio Gutiérrez se encargó de negar las similitudes con Chávez¹³, y sobre todo se comprometió claramente a seguir adelante con la dolarización. En estas condiciones, la alianza entre el recién creado partido del presidente, Sociedad Patriótica 21 de Enero, el MUPP y el izquierdista Movimiento Popular Democrático (MPD) (ya minoritario en el Congreso) resultó muy precaria y no pasó de un año. Más allá de eso, las elecciones legislativas que se desarrollaron simultáneamente con la primera vuelta dieron la primera minoría al conservador Partido Social Cristiano, dejando muy lejos a los partidos que apoyaban a Gutiérrez. Queda claro, entonces, que Gutiérrez tendrá que gobernar con un Congreso ampliamente dominado por la oposición, lo que seguramente matizará el afán de cambio del nuevo presidente.

En Argentina, la victoria de Néstor Kirchner sobre Carlos Menem también

puede interpretarse como la victoria del ala progresista del Partido Justicialista sobre su ala neoliberal. Esto fue confirmado por las primeras medidas del presidente que atacó decididamente a una Corte Suprema vinculada a la época de Carlos Menem, volvió a poner sobre la agenda política los crímenes de la dictadura, y manifestó firmeza en las negociaciones con el FMI sobre la deuda externa. Sin embargo, Kirchner pudo ganar únicamente por el apoyo del entonces presidente Eduardo Duhalde, que movilizó en su favor el poderoso aparato clientelista del PJ de la provincia de Buenos Aires. Así, le será muy difícil a Néstor Kirchner imponer reformas profundas, a falta de una sólida base de apoyo propia. En el largo proceso de elecciones legislativas que empezó después del triunfo de Kirchner, el nuevo presidente intentó construir esta base de poder, pero eso le enfrenta cada vez más al aparato justicialista y, en particular a Eduardo Duhalde. En el momento en que escribimos, es todavía temprano para adivinar por dónde irá el nuevo Congreso, y si el presidente Kirchner logrará el apoyo que busca.

Finalmente, en el caso de Bolivia y Colombia, si se pudo observar alguna progresión de las fuerzas de izquierda, ella no fue suficiente para que llegaran al poder. En el primer caso, el expresidente Gonzalo Sánchez de Lozada del Mo-

13. Véase *Semana*, edición 1074, 28/11/2003.

vimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) ganó el escrutinio con 22.5%, por estrecho margen frente a Evo Morales del Movimiento Al Socialismo (MAS) que logró el inesperado resultado de 20.9%. Así, el MNR demostraba ser todavía el partido dominante del sistema boliviano, pero la irrupción del MAS perturba el panorama tradicional. Líder sindical de los cocaleros (cultivadores de la hoja de coca), Morales encabezó durante una década el movimiento social más fuerte del país. En las elecciones municipales de 1999, el MAS no llegó al 5% de los votos, pero supo capitalizar los descontentos frente al gobierno de la ADN, se vincula al movimiento «antiglobalización», y articula los diversos sectores en las protestas que hacía aparecer como la cabeza de la oposición política. Finalmente, los partidos tradicionales cerraron filas detrás de Sánchez de Lozada y vetaron al MAS el camino hacia el Palacio Quemado, pero a pesar de eso, el caso boliviano resulta ser finalmente el caso más claro de giro a la izquierda.

La aparición del Frente Social y Político (luego Polo Democrático Independiente) en Colombia para apoyar la candidatura presidencial de Luis Eduardo Garzón, exsecretario general de la CUT (Central Unitaria de los Trabajadores), resultó ser un dato interesante en un país en el que la exclusión de la izquierda del sistema partidario es antigua. Sin embargo, el resultado alcanzado por Garzón, 6.2%, es todavía insuficiente para hablar de la constitución de una alternativa de izquierda sólida.

Así, la idea del “giro a la izquierda” parece resultar, en gran medida, un error de perspectiva. Es cierto que en muchos casos, las elecciones presidenciales en América Latina dieron la victoria a candidatos críticos con respecto al discurso neoliberal que había sido dominante en la década 1990. Sin embargo, no se ve todavía una alternativa clara, y resulta más prudente considerar que los nuevos electos dan muestras de más pragmatismo con respecto a la ortodoxia financiera. Una mirada superficial a la evolución de los sistemas partidarios muestra que más allá de las nuevas personalidades electas, la pugna entre las fuerzas políticas no se puede resumir por una progresión de la izquierda.

3. LA CAÍDA DE LOS BIPARTIDISMOS

Sin embargo, esto no significa que no se puedan vislumbrar algunos cambios interesantes a nivel de los sistemas partidarios, aunque no fueran tan novedosos. Asistimos, en efecto, a unos realineamientos a veces muy profundos. Los casos más espectaculares aparecen precisamente en los sistemas partidarios más consolidados y antiguos, es decir, los bipartidistas. En los seis países que organizaron elecciones presidenciales entre 2002 y 2003, dos tienen sistemas bipartidistas sólidos que ahora parecen cuestionados: Argentina y Colombia.

Ya aludimos a la caída de la UCR en la Argentina, que dejó un PJ casi he-

gemónico. Pero esta hegemonía no hizo más que debilitarlo, fomentando las ambiciones de las diferentes personalidades que se disputan el liderazgo dentro del partido. Al viejo conflicto entre Carlos Menem y Eduardo Duhalde se sumaron las disidencias de dos gobernadores de provincias: Adolfo Rodríguez Saá y Néstor Kirchner. Las fuerzas centrípetas dentro del PJ hicieron inútiles las tentativas de organizar elecciones internas. Así, llegamos al punto absurdo de encontrar tres candidatos justicialistas dentro de los cuatro candidatos más votados en las elecciones presidenciales de abril de 2003. Frente a ellos, Ricardo López Murphy y Elisa Carrió, ambos provenientes de la Alianza se disputaron el espacio que dejó vacío la UCR. Todavía es muy temprano para decir como evolucionará este sistema partidario en plena reconfiguración, pero parece claro que el bipartidismo UCR/PJ ya cumplió su ciclo, dejando la escena para movimientos más flexibles por dentro o por fuera de la vieja estructura del PJ, cuya coherencia es puesta en cuestión por el peso creciente de liderazgos locales y provinciales¹⁴.

El caso colombiano es bastante parecido. El Partido Conservador Colombiano desapareció provisoriamente de la escena para las elecciones presidenciales, dejó el campo libre a un Partido Liberal que se dividió entre la candidatura liberal

oficialista de Horacio Serpa y la del exgobernador de Antioquia Álvaro Uribe. Esta división fue agravada por el hecho de que el Partido Conservador terminó apoyando al segundo como ya dijimos, y porque Álvaro Uribe ganó en la primera vuelta y en contra del candidato de su propio partido. Así, Colombia eligió un candidato por fuera del bipartidismo por primera vez desde que existen los partidos. El sistema bipartidista se encuentra entonces debilitado por dentro con la escisión del uribismo, y por fuera con la aparición de una posible alternativa con la candidatura de Luis Eduardo Garzón.

Sin embargo, el sistema partidario colombiano ha dado muestras de una resistencia que nos incita a matizar el juicio. A partir de la adopción de la nueva Constitución, en 1991, el tema del surgimiento de terceras fuerzas fue motivo de muchas suputaciones. El resultado logrado por la excanciller Noemí Sanín en la primera vuelta de las presidenciales de 1998, 26.5%, iba en este sentido, pero en abril de 2002, ella descendió a 5,8%. Esto demuestra que el bipartidismo no podrá romperse por la vía electoral sin la construcción de una organización sólida y coherente. En efecto, los partidos Liberal y Conservador supieron adaptarse a un modo de escrutinio que había sido diseñado en parte en contra de ellos por

14. Sobre la provincialización de la vida política argentina, nos permitimos mandar el lector a Yann Basset. “Las elecciones en la Argentina, entre dispersión y voto bronca”, en *ALCEU*, V. 3, núm. 6, Rio, PUC, jan-jun. 2003, págs. 266-279.

la Constituyente de 1991, en particular con la llamada “operación avispa” que consiste en presentar muchas listas para un mismo partido, de manera que baje el número de votos necesarios para ocupar una curul. Este mecanismo logró impedir que la circunscripción nacional adoptada para elegir el Senado termine favoreciendo a terceras fuerzas¹⁵.

Así, en lo inmediato, queda más probable que el bipartidismo colombiano se debilite por arriba (con los desgarramientos provocados por la disidencia uribista en el Partido Liberal, por ejemplo), que por abajo (por las urnas). Lo que sí es cierto es que tanto en el caso argentino como en el caso colombiano, los partidos ya no son partidos. Ya no tienen la coherencia y disciplina que les hiciera merecer este nombre. Se tratan más bien de “metapartidos”, de federaciones flexibles de agrupaciones y personalidades, cuya unidad es motivada y preservada por razones de pura maquinaria electoral.

En efecto, si consideramos, siguiendo al profesor Daniel-Louis Seiler que los partidos se caracterizan por tres lógicas: una de proyecto, una de organización y

una de movilización, constatamos que la primera perdió mucho de su importancia en esos casos a favor de la segunda¹⁶. Si los partidos nacieron como “protopartidos”, es decir, como un club de electos constituido alrededor de un proyecto sin una gran organización, parece que los “metapartidos” de ahora funcionan sobre una lógica inversa. Sus antigüedades, experiencias y posiciones privilegiadas dentro del sistema partidario les permiten aprovechar al máximo las posibilidades de la ley electoral, lo que les otorga una renta que les hace funcional para todo un conjunto de microempresas partidarias que se desarrollan en sus senos.

Los partidos Liberal y Conservador colombianos como el PJ¹⁷ argentino: encontraron sutilezas para transformar sus debilidades, las divisiones internas, en fuerza. Fue el caso con la operación avispa para los primeros, y con la ley de lema imperante en varias provincias para el PJ. Sin embargo, si estos mecanismos permitieron a esos partidos rayar la cancha electoral, acentuaron las divisiones internas hasta un punto peligroso. De ahí que hoy, estos metapartidos ya no cumplan

15. Francisco Gutiérrez Sanín. “Rescate para un elefante: Congreso, sistema y reforma política”, en Ana María Bejarano y Andrés Dávila. *Elecciones y democracia en Colombia, 1997-1998*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1998, págs. 215-253.

16. Daniel-Louis Seiler. *Les partis politiques*. Paris, Armand Colin, 1993.

17. La ley de lema permite que un partido (o lema) presente varios candidatos o listas (sub-lemas). El ganador de la elección no es el candidato o lista más votado sino el más votado del lema más votado. En otras palabras, el primer sub-lema de cada lema suma a su favor todos los votos de su lema. Este sistema complejo y muy criticado ha permitido preservar artificialmente la unidad del PJ en varias provincias.

sus papeles de agregación y representación de intereses sociales, y realizan la tercera función de la cual hablamos (la de movilización), únicamente el día de las elecciones. Están amenazados no tanto de una erosión electoral por la aparición de nuevas fuerzas, sino de explotar bajo la acción de las fuerzas centrífugas.

Esto parece menos seguro para el caso paraguayo, donde la mayor homogeneidad de un personal político más reducido limita las divergencias de intereses y preserva la coherencia partidaria.

4. REESTRUCTURACIÓN EN LOS SISTEMAS MULTIPARTIDISTAS

En el caso de los sistemas multipartidistas, asistimos también a unos cambios espectaculares, pero sin que se pueda vislumbrar una tendencia común.

En el caso de Bolivia, tenemos una reorganización del sistema que traduce una polarización entre los partidos tradicionales que conformaron una alianza para apoyar la administración de Sánchez de Losada¹⁸, y la oposición que surgió de las elecciones con el MAS. Por primera vez desde los años 80, esto proporciona al sistema partidario boliviano una mayor legibilidad. En efecto, durante todos los años 90, el sistema se estructuró alrededor de la oposición entre el MNR de Sánchez de Losada, y la alianza entre ADN y MIR,

eje que se explicaba menos por la diferencia de proyectos que por la fosilización de la alianza circunstancial establecida entre los dos últimos durante las elecciones generales de 1989, y las enemistades personales de los jefes de estos tres partidos. En este contexto, la arremetida del MAS en las últimas elecciones generales obligó a la élite política tradicional a una alianza en contra del intruso.

Al contrario, en la situación brasileña la polarización entre el PT a la izquierda y los partidos de la coalición que apoyó Cardoso a la derecha se borró. La alianza entre el PT y el PL es la llave que permite explicar que Lula haya podido salir de los límites de su electorado tradicional. Así, el sistema multipartidista brasileño que se caracterizó siempre por su gran atomización y flexibilidad pierde en parte lo que le daba coherencia: el eje izquierda/derecha. Éste es sustituido por la adhesión o rechazo a la persona de Lula.

El caso de Ecuador finalmente es muy particular. Ahí también la persona de Gutiérrez se volvió la nueva línea de separación de las aguas políticas. La campaña de Lucio Gutiérrez no fue apoyada por ninguno de los grandes partidos tradicionales, sean de izquierda o de derecha. Además de su recién creado movimiento “Sociedad Patriótica 21 de enero”, el nuevo presidente se alió al Movimiento Unidad Plurinacional Pachakutik (MUPP),

18. La única excepción es la saliente ADN que prefirió quedarse en la oposición.

brazo político de la CONAIE, y al pequeño partido de izquierda Movimiento Popular Democrático (MPD).

Es más, el adversario de Gutiérrez en la segunda vuelta, el empresario Álvaro Noboa tampoco salió de los rangos de los partidos tradicionales, y fundó su propio partido para concurrir a las elecciones, el Partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN). Al contrario, los representantes de los partidos tradicionales sufrieron grandes derrotas en las presidenciales. Sin embargo, lucieron una gran capacidad para mantener sus influencias en el Congreso, donde el PRIAN no tuvo más de 10 escaños sobre 100, y el partido de Gutiérrez aún menos. Así, todo pasa como si existiera una especialización según el tipo de comicios. A los partidos tradicionales las legislativas, y a personalidades exteriores las presidenciales.

5. PERSONALIZACIÓN Y DEBILITACIÓN DE LOS SISTEMAS PARTIDARIOS

Así, parece claro que no podemos evidenciar una evolución continental al nivel de las tendencias políticas tales como un supuesto giro a la izquierda. El elemento común, sin embargo, parece ser la mayor personalización de las elecciones presidenciales. En todos los países que

participaron del ciclo electoral estudiado, de los dos primeros candidatos a las presidenciales pocos pueden ser identificados claramente con un partido del sistema tradicional.

Esta personalización tiene raíces profundas como el papel creciente de los medios de comunicación, la debilitación de las maquinarias electorales partidistas en el contexto de la crisis financiera, la debilitación de los grandes proyectos políticos, etc. Este tema es la base de la discusión alrededor del supuesto retorno del populismo en América Latina.

El problema es que podemos validar esta problemática solamente si nos alejamos del sentido tradicional que adquirió esta palabra en América Latina. Si entendemos por populismo ese estilo político autoritario que en los años 1940-1950 apelaba directamente a las masas excluidas para imponer contra las oligarquías tradicionales unas políticas de industrialización, nacionalismo, inclusión social y política etc., nos equivocaremos al hablar de regreso del populismo. Si en cambio nos aproximamos al sentido que tomó la palabra en Europa o América del Norte, o a las redefiniciones de autores latinoamericanos tales como Marcos Novarro, que enfatizan la dimensión mediática, retórica y personal de las campañas electorales, ahí sí podemos hablar de populismo¹⁹.

19. Marcos Novaro. "Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática en Argentina", en Felipe Burbano de Lara. *El fantasma del populismo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998.

Lo cierto es que esta personalización creciente debilita a los partidos. Vimos como en los sistemas bipartidistas, tienen tendencia a persistir únicamente como máquina electoral, vaciándose de contenido político, como en los sistemas multipartidistas, se desconectan la dimensión legislativa, todavía dominada por los partidos, y la dimensión presidencialista, cada vez más personalizada²⁰. En breve, asistimos a una debilitación general de los partidos, relegados cada vez más a una especialización en un poder legislativo el cual está frente a la Presidencia, esto generado por la impopularidad en muchos países de la región. Esto no significa que desaparecen, pero que su papel se vuelve menos esencial, sobre todo en las elecciones uninominales como son las presidenciales. De esta manera, América Latina se anticipa sobre la evolución descrita por Bernard Manin entre la democracia de los partidos y la democracia “del público”²¹.

BIBLIOGRAFÍA

- Bejarano, Ana María y Dávila Andrés. *Elecciones y democracia en Colombia 1997-1998*, Bogotá, Fundación Social – Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, 1998.
- Burbano de Lara, Felipe. *El fantasma del populismo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998.
- Cheresky, Isidoro y Blanquer, Jean-Michel. *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario, IHEAL-UBA, 2003.
- Manin, Bernard. *Principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1999.
- Manz, Thomas y Zuazo, Moira. *Partidos políticos y representación en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998.
- Seiler, Daniel-Louis. *Les partis politiques*, Paris, Armand Colin, 1993.
- Revista ALCEU, Revista de Comunicação, Cultura e Política. V. 3, núm. 6, Rio de Janeiro, PUC, jan-jun. 2003.
- Courrier International*, varios números.
- Le Monde Diplomatique/El Dipló*, febrero 2003.
- Semana*, varios números.

20. Si Bolivia puede ser considerada como una excepción en este esquema, es por la particularidad de su sistema electoral que hace proceder la elección del Presidente del Congreso (salvo si un candidato obtiene la mayoría absoluta de los votos en las elecciones generales, lo que nunca se dio desde el final de la dictadura militar). Este sistema que hace proceder a los congresistas y el presidente (indirectamente) de la misma elección, no permite una disociación entre el partido y el candidato presidencial.

21. Bernard Manin. *Principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1999.